

JOSEF
PIEPER

LAS VIRTUDES FUNDAMENTALES

*pensamiento
actual
11.ª edición*



RIALP

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

NOTA DE PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN LA IMAGEN CRISTIANA DEL HOMBRE

PRUDENCIA

I. LA PRIMERA DE LAS VIRTUDES CARDINALES

II. EL CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD Y LA REALIZACIÓN DEL BIEN

III. PRECISIONES Y CONTRASTES

IV. LA PRUDENCIA Y EL AMOR

JUSTICIA

I. LO DEBIDO

II. EL COMPROMISO CON EL OTRO

III. LA PRIMACÍA DE LA JUSTICIA

IV. LAS FORMAS PRINCIPALES DE JUSTICIA

V. COMPENSACIÓN Y «RESTITUCIÓN»

VI. LA JUSTICIA DEL GOBERNANTE

VII. LOS LÍMITES DE LA JUSTICIA

FORTALEZA

I. INTRODUCCIÓN

II. DISPUESTO A CAER

III. LA FORTALEZA NO DEBE FIAR DE SI MISMA

IV. RESISTIR Y ATACAR

V. LAS TRES FORTALEZAS (VITAL, MORAL Y MÍSTICA)

TEMPLANZA

I. PRECISIONES TERMINOLÓGICAS

II. TEMPLANZA Y REALIZACIÓN PERSONAL

III. SEXUALIDAD Y CASTIDAD

IV. CASTIDAD Y VIRGINIDAD

V. SENTIDO DEL AYUNO

VI. EL TACTO

- VII. HUMILDAD Y SOBERBIA
- VIII. LAS PASIONES HUMANAS
- IX. INCONTINENCIA DE ESPÍRITU
- X. ÚLTIMAS CUESTIONES

FE

- I. CONCEPTO DE FE
- II. UNIÓN DEL ELEMENTO PERSONAL Y EL ELEMENTO OBJETIVO
- III. SOLO SE PUEDE CREER SI SE QUIERE
- IV. SI NO HAY NADIE QUE SEPA, NO PUEDE HABER TAMPOCO NADIE QUE CREA
- V. LA FE BROTA DE LA LIBERTAD
- VI. LA FE COMO ACEPTACIÓN DE LAS VERDADES FUNDAMENTALES DE UNA RELIGIÓN
- VII. EL CONCEPTO DE FE EN KARL JASPERS
- VIII. LA FE PRESUPONE LA REALIDAD DE LA REVELACIÓN
- IX. ¿ES «BUENO» CREER?

ESPERANZA

- I. ACERCA DEL CONCEPTO DE «STATUS VIATORIS»
- II. LA ESPERANZA COMO VIRTUD
- III. LA ANTICIPACIÓN DE LA NO-PLENITUD (LA DESESPERACIÓN)
- IV. LA ANTICIPACIÓN DE LA PLENITUD (LA PRESUNCIÓN)
- V. EL TEMOR COMO REGALO

AMOR

- I. A VUELTAS CON LAS PALABRAS
- II. LO COMÚN A TODAS LAS FORMAS DEL AMOR
- III. AMAR Y SER AMADO
- IV. LA DIFICULTAD DE AMAR
- V. EROS Y ÁGAPE
- VI. LA FELICIDAD DE AMAR
- VII. AMOR PROPIO Y DESPRENDIMIENTO
- VIII. HOMBRE Y MUJER
- IX. AMOR Y SEXUALIDAD
- X. DE LA AMISTAD HUMANA AL AMOR A CRISTO

ABREVIATURAS

JOSEF PIEPER

I.

LA PRIMERA DE LAS VIRTUDES CARDINALES

LA PRUDENCIA, «MADRE» DE LAS VIRTUDES MORALES

De entre los diferentes principios que informan la doctrina clásico-cristiana de la vida, ninguno producirá tan viva extrañeza al hombre de nuestros días, sin excluir al cristiano, como este que enunciamos a continuación: que la virtud de la prudencia es la «madre»^[1] y el fundamento de las restantes virtudes cardinales: justicia, fortaleza y templanza; que, en consecuencia, solo aquel que es prudente puede ser, por añadidura, justo, fuerte y templado; y que, si el hombre bueno es tal, lo es merced a su prudencia.

La extrañeza nos sobrecogería más hondamente aún si percibiéramos el grave rigor con que ese principio está mentado. Pero la rutina nos ha ido habituando a no ver más que una alegoría en cualquier especie de orden jerárquico de magnitudes espirituales y morales, máxime si se trata de virtudes; en cualquier caso, algo que en el fondo es inútil. Poco nos importa saber cuál de las cuatro virtudes cardinales haya de ser la que resulte merecedora del «primer premio» en este certamen de jerarquía que los teólogos «escolásticos» tuvieron a bien organizar.

Pero es el caso que en la citada primacía de la prudencia sobre las restantes virtudes descansa nada más y nada menos que la integridad de orden y estructura de la imagen cristiano-occidental del hombre. El principio de la primacía de la prudencia refleja, mejor quizá que ningún otro postulado ético, la armazón interna de la metafísica cristiano-occidental, globalmente considerada; a saber: que el ser es antes que la verdad y la verdad antes que el bien^[2]. Y, por si esto fuera poco, en él se nos devuelve, como

en un bruído espejo, un postrer destello del misterio que guarda el puesto más central de la teología cristiana: el que nos dice que el Padre es el origen creador del Verbo Eterno, y que el Espíritu Santo procede del Padre y del Verbo.

De ahí que el sentimiento de extrañeza que invade al hombre moderno al escuchar este principio revele más de lo que a primera vista muestra. Pues viene a ser como un síntoma que delata un extrañamiento objetivo de más hondas raíces: la disolución de los lazos de la imagen cristiano-occidental del hombre y el nacimiento de la falta de comprensión de los fundamentos de la doctrina cristiana sobre la estructura básica de la realidad en general.

EQUÍVOCOS ACTUALES

Para el pensamiento vulgar y el uso común del lenguaje de hoy lo prudente, mucho más que un supuesto del bien, parece una manera de eludirlo. La aseveración de que lo bueno es lo prudente no puede menos de sonarnos como algo que no dista gran cosa del absurdo, y ello siempre que nos liberemos del malentendido que la interpreta como fórmula de una ética utilitarista bien poco recatada. Pues, de acuerdo con el significado que hoy entraña, la prudencia nos parece mucho más emparentada con lo meramente útil, el *bonum utile*, que con lo noble, el *bonum honestum*. En la imagen correspondiente a la palabra «prudencia» (*Klugheif*) que se ha ido acuñando en la fantasía del pueblo alemán —como, por lo demás, sucede con el término francés *prudence*— oscilan dos significados: el de un angustiado afán de propia conservación y el de un cuidado de sí mismo que no deja de ser egoísta en alguna manera. Notas ambas que no se compadecen ni se adecuan con lo noble.

De ahí lo difícil que se nos hace el percatarnos de que la justicia, segunda de las virtudes cardinales, con cuanto ella implica, debe estar fundada en la prudencia. Mientras, por otra parte, el valor o fortaleza y la prudencia han llegado al punto de constituir para la conciencia del vulgo una pareja de conceptos a duras penas conciliables: «prudente» es el que sabe cuidarse de no pasar por el apurado trance de tener que ser valiente; «prudente» es el «táctico experimentado», hábil para eludir la acción del adversario; la prudencia es el recurso de los que quisieran llegar tarde siempre a los momentos de peligro. El vínculo que liga a la virtud que nos ocupa con la templanza, cuarta de las cardinales, parece, en tesis general, ser objeto de una más exacta comprensión por parte del pensamiento contemporáneo; no obstante, también aquí se echa de ver, al ahondar con la mirada, la falta de auténtica y plena correspondencia con los magnos arquetipos de estas dos virtudes. Pues la doma y sujeción del instinto de placer no tiene por mira la de alcanzar un manso y melindroso estado de precariedad impulsiva. Que tal es, sin embargo, la intención latente en el uso del tópico «prudente adaptación» o «sabia temperancia» lo patentiza la torpe seguridad con que, bajo la tilde de «imprudentes excesos», se menosprecia la sublime osadía de una vida casta o el duro cumplimiento del ayuno —calificación, por lo demás, no distinta ni más indulgente que la reservada para la avasalladora furia del valor.